
Ignacio SÁNCHEZ CÁMARA

La familia. La institución de la vida. Sus valores, sus fines, su realidad

La Esfera de los Libros, Madrid, 2001

El *motto* que dirige esta obra es doble. De un lado, el que refleja el subtítulo del estudio: “La familia, la institución de la vida”, y del otro, “La familia es una realidad referida a valores”. Son dos vertientes de la condición humana que el Prof. Sánchez Cámara considera en peligro porque “El más terrible mal que se ha ido abriendo paso a lo largo de los últimos siglos ha sido el retroceso de la creencia en la realidad personal del hombre, es decir, en lo que podría calificarse como la despersonalización o deshumanización del hombre”. Para los que han emprendido esta empresa de deshumanización “el hombre es un animal entre animales, y una cosa entre otras: pura físicoquímica. Mientras que, por lo contrario, todo lo verdaderamente humano es precisamente lo que no puede ser reducido a física y química: la persona”.

Pudiera parecer que el Autor es un filósofo del derecho que se propone –guiado por buenas intenciones– solamente la defensa de una institución básica de la vida humana; pero las referencias citadas de esta obra ya nos muestran a un universitario que quiere hacer arrancar el tratamiento de la familia desde el marco de lo más propiamente humano: la cualidad personal del hombre.

He de reconocer que he comenzado a redactar esta recensión porque este estudio me ha alcanzado en un nervio especialmente sensible: la personalidad humana, hoy desconocida implícita o explícitamente en bastantes teorías sobre la ética. En efecto, los sistemas de ética de la segunda mitad del siglo XX (poco importa que nos refiramos a las distintas ramas de la *praktische Philosophie* alemana o a las aportaciones neocontractualistas anglosajonas) eluden cuidadosamente innervar algunas de sus consideraciones básicas en la índole personal del hombre.

La consecuencia más inmediata de esta actitud científica –o que pretende serlo– es jugar con algunas pasiones del hombre según la ley de causa-efecto y de igual acción-reacción, y ésta es una forma de proceder que determina que el tratamiento académico del ser humano quede diluido en la metafísica nebulosa que fue propia de la mecánica de Newton o las actitudes no menos metafísicas de las ‘lógicas borrosas’ que han ocupado hoy el lugar

de aquellos moldes veteromecánicos. En cualquier caso, el hombre como hombre, como ser autoconsciente con dominio sobre sí mismo, dotado de dignidad, incomunicable –¿dónde quedan aquellos tiempos en los que Duns Scoto explicaba que cada persona constituye la última soledad del ser?– queda sin explicación.

Una vez entrados en el camino de los sinsentidos, no es extraño que aparezcan tantos sistemas de ética social (ha habido temporadas en los que cada Feria del libro nos traía uno nuevo) que intentan explicar a un objeto pasivo cuyas conductas pueden ser normadas bien desde leyes psicológicas comunes (aunque con la pretensión de ser universales: basta leer al Segundo Rawls) o bien desde cuasi-noúmenos que habitan en el lenguaje. Sin embargo, es tristemente lógico que se produzca tan reiteradamente este hecho. El Autor indica que “Superada casi toda tentación de imponer el socialismo, a cierta izquierda extraviada sólo le quedan las conciencias... lo importante ahora ya no es organizar las economías, sino dirigir las vidas”.

Efectivamente, las izquierdas liberales –¿cómo distinguir hoy a los liberales de izquierda de los socialistas?– admirablemente coordinadas en la mayor parte de los Estados, con frecuencia creciendo al amparo seguro de ingenierías legales que les aseguran situaciones de preeminencia en los medios de comunicación, están poco interesadas en lo que hace años se llamaba la ‘cuestión social’. Hoy, lo importante es dirigir las cabezas, y parece que ésta es la muestra más refinada del afán predador del hombre.

Ésta no es una obra que ofrezca un marco antropológico con pretensiones de ser completo, quizá, entre otras cosas, porque no es el propósito del Autor. Tampoco es un estudio que invoque el derecho natural: “No invocaré al Derecho Natural para no provocar espasmos jurídicos y morales”. Es un estudio que trata de recordar que la familia (y otras manifestaciones básicas de la vida humana) ha de ser entendida desde los fines porque el hombre vive desde fines: “Vivimos el declive de los fines, como si se trataran de antigallas inservibles, pero la esencia de toda institución consiste en los fines esenciales que está llamada a realizar”.

El estudio está hecho desde un ámbito cultural, no religioso: “No estamos ante un enfrentamiento entre creyentes y ateos, o entre cristianos y los que no lo son. Hay, sin duda, un ideal cristiano de vida cuyo modelo es Jesús de Nazaret, pero no hay algo así como una bioética (o ética) cristiana, sino un orden moral universal que ha de ser debatido y descubierto”.

El Autor propone, en definitiva, desarrollar principios que ya tenemos a mano y vivir una cierta coherencia en los comportamientos sobre el embrión humano o la familia. Las izquierdas liberales a las que él alude no se caracterizan por sus coherencias: aparecen los derechos humanos de tercera y cuarta generación y está gravemente penado el hacer sufrir a los animales, ¿pero quien se preocupa por la vida del feto o por la protección que los hijos han de encontrar en su familia? El excesivo individualismo ha hecho que se hable ante todo de ‘relaciones de pareja’, no de relaciones familiares, y los deseos de las parejas tratan de convertirse en derechos al margen de lo que exige su unión y su función como familia. Su asombro ante este tipo de paradojas queda resumido cuando escribe que “No deja de ser irrisorio que los mismos que aplauden a Fidel Castro o a los regímenes islamistas, que castigan la homosexualidad, saluden con alborozo una medida tan odiosa para sus modelos políticos”.

Es un estudio de denuncias, y por él van pasando los temas de la familia, las relaciones entre las personas y la sociedad, la libertad personal y política, la confesionalidad del Estado, el derecho a la educación religiosa, etc. Denuncia cegueras que son queridas y buscadas porque sin ellas algunos sectores de políticos se quedarían sin discurso. Si me introduzco por un tema algo espinoso diría que en todo el libro está presente el motivo último de estas paradojas: el odio hacia la Fe cristiana. El Prof. Sánchez Cámara explica reiteradamente que estamos ante problemas de filosofía moral, no ante temas que hayan de ser estudiados directa o excluyentemente desde una perspectiva teológica. En él no recurre a la autoridad de la Revelación o a la enseñanza de la Iglesia Católica. Pero tengo el convencimiento, que imagino que está compartido por el Autor, de que los ataques a la vida, a la persona y a la familia tienen como resorte (el *Triebfeder* kantiano) la oposición, normalmente bastante expresa, a la Fe cristiana.

Pero estos liberales ahora ya algo rancios, que frecuentemente no ocultan que pretenden la secularización de la vida social, no fueron tan coherentes como Kant, quien quiso que el móvil individual fuera generalizado para comprobar si llegaba a constituirse en ley universal. Ellos no pueden generalizar –está el problema de la coherencia– y pretenden sentar directamente tesis universales, en nombre de las libertades democráticas, del consenso, etc. Pero el problema indicado al comienzo de la recensión –la familia orientada a fines o valores– sigue presente con mano pesada. ¿Tiene sentido

que sigan haciendo tantas teorías sobre la justicia sin tener presentes ante todo los valores y los fines que han de informar la vida social? Un geómetra conocido comentaba admirado que se hiciera tanta teoría sobre el plano antes de definir lo que es el plano. Los valores y los fines son anticipados en breves síntesis a priori que sirven en algunos, paradójicamente, para negar los fines y los valores sobre los que dicen trabajar.

Francisco CARPINTERO

Universidad de Cádiz

Carlos LLANO

Examen filosófico del acto de la decisión

Eunsa, Pamplona, 2010, 140 pp.

Carlos Llano Cifuentes falleció el 5 de mayo de 2010 a los setenta y ocho años. Fue un hombre que se dedicó con pasión a la Universidad desde distintos lugares: como gestor de iniciativas universitarias de gran calado (entre muchas que podrían destacarse, la Universidad Panamericana de México, de la que fue fundador y rector, entre otras), profesor e investigador en el ámbito de la filosofía.

Entre sus obras, numerosas y profundas (los libros son más de dos decenas) se destacan *Análisis de la acción directiva* y *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*. Entre una y otra se sitúan los libros *Sobre la idea práctica* y *Examen filosófico del acto de la decisión*, a cuya segunda edición, publicada diez años luego de la primera, se refiere la presente recensión.

El libro se divide en cuatro capítulos precedidos de un prólogo. En este último el autor comienza explicando que en su trabajo se ha enfrentado a abundantes posturas racionalistas contemporáneas. “La razón es auspiciada por la voluntad, sí, pero incapaz de moverla (...). No hay, en el pensamiento del hombre en esta tierra, ninguna razón lo bastante válida que nos impida actuar en contra de ella” (p. 9). La explicitación de estas afirmaciones desde distintas perspectivas y contra diversos contradictores es, por así decirlo, el objeto de este libro.